

Olga de León

# Elegía a la memoria

## I. Un adiós temprano\*

Dejó a su madre junto a la acera, frente a la puerta azul del hospital donde una enfermera que sonreía con gentileza, al ver el auto, se haría cargo de ella. Y como cada martes, en cada cita, los médicos probarían su ciencia dándole un nuevo medicamento que pudiera ayudar a controlar el Alzheimer.

-Cuéntame -hija- nuestra mejor historia, parecía rogar la madre con su mirada entre perdida y triste. Cuéntame del amor que nos prodigamos, dime que me quieres tanto como yo te quise antes de que olvidara. Seré ciega y muda ante tu memoria reciente, pero tú sabrás que soy yo, porque ves sin temor ni reclamo la fuga impasible de mi memoria.

M. continuó su camino en auto unas cuadras más, con la intención de recordar su rostro libre del delineado en negro y su sonrisa adolescente de veinte años atrás. El mismo que tuvo antes del maquillaje y los zapatos de tacón.

Dejó que la encargada más joven de la peluquería le pusiera la bata, cerrando uno a uno los botones para luego acomodarle hacia adentro el cuello de encaje de algodón de su blusa nívea, pasándolo suavemente entre sus dedos, al tiempo que dejaba libre de ataduras su cabellera trigueña. M., suspiró, y sus ojos azules pudieron ver en el espejo el rostro agrietado y serio de su padre. Nada decía, nada dijo en el trayecto de la casa al hospital y nada decía ahora que esperaba a que la hija recobraría un poco el aliento, mientras le recortaban las puntas a su cabellera larga hasta los hombros.

-“Mirarás al cielo y en silencio dirás una oración implorando el perdón, por lo poco que dijiste: ¡te amo! Cuando yo aún era yo. Pero, ¡sí lo dijiste, y tanto! Fueron mis oídos sordos, agónicos de memoria, los de una madre acostumbrada a tus cariños, los que ya no escuchan el canto melodioso de tu amor”.

-La culpable no es la vida, hija, tampoco tú ni yo, nadie; le había dicho alguna vez su padre.

Luego, nunca más dijo palabra alguna sobre la enfermedad de su madre, se limitó a acompañarla en sus citas al médico y en arroparla con su mirada, por más agrietado y serio que le pareciera su rostro, él estaba ahí, él sí entendía el sufrimiento de la esposa tanto como el de la hija.

-No hay culpables, solo soledad por la ausencia del recuerdo en un cuerpo cuyo registro poco a poco se va quedando en las sombras del olvido. Su madre vivirá huérfana de historia reciente, y persistentemente, se dirigirá hacia la pérdida total de su memoria.

-“Ni siquiera recuerdo cuándo fui alejándome, encerrada quedé en el pasado y sé que el futuro me alcanza con la mirada perdida y un enojo en el rostro que no comprendo ni reconoz-

co, cuando me enfrento al espejo de tus ojos buenos y tu memoria fresca”.

-“¿De mi enfermedad, hablas, hija?... ¡No!, no pronuncies su nombre, no sea que me asuste; dime, mejor: ¿cuánto me quieres? Nunca dejes de decírmelo con tu ternura de adulta niña, aunque te asuste el rictus de mi cara larga, tan solo dime que me quieres; yo lo sabré”.

M., quiso alejar a los fantasmas, cerró sus ojos y se fue a la infancia. Allí vio y revivió aquella extraña escena que aparecía en sus sueños de niña y aún de adolescente.

Tres niños arrastran la cabeza de un toro muerto, y sus cuatro patas sembradas sobre el desierto blanco de Durango comienzan a pudrirse de calor. Saltando sólo sobre su pie izquierdo, Antonio juega a alcanzar a sus tres hermanos, tratando de que el vaso hasta el borde de agua no resbale de su manita fina. El olor a frío y agua congelada está muy lejos de la memoria de M., y son sólo las brutalidades del verano de Durango las que llegan a su encuentro frente al espejo, al mismo tiempo en que su mirada de cielo que se junta con el mar, se enfrentan a la realidad del momento.

-¡Listo!, tu cabellera crecerá de nuevo más rápido que en el invierno. La primavera es buena con los caireles. Sonrió la chica que había arreglado su cabello.

Su padre ya no estaba allí, se había quedado en su memoria, la misma que lo trajo para que una vez más la acompañara a llevar a su madre con el médico. Era lo justo, que él también estuviera presente; ella lo necesitaba, más ahora que de niña cuando él se ausentaba para proveer desde el extranjero lo que la familia necesitaba, para que todos estuvieran viviendo y estudiando en México.

Al abrir la puerta blanca de su auto, el golpe que la cierra intempestivamente y con fuerza innecesaria, debido al ventarrón de una explosión cercana, la horrorizó tanto como el último encuentro con su padre en los Estados Unidos, justo antes, justo a unas cuadras de desobedecerlo para entrar a un hospital, para transformarse, para cambiar, y para olvidar la forma de un cuerpo triste que le dolía tanto o más que ahora sentía el dolor del propio cuerpo de su madre.

-“Y, sin embargo, aún sé que me amas cuando cargas mi cuerpo que empieza a olvidar que pesa, que suda, que tiembla, cuando amorosa lo abrazas. No permitas que mi ausencia pierda la calidez con que me arropas, no me abandones tú también, hija de mi alma”.

-Señor, dame Tu consuelo, que yo sacaré fuerzas de mis recuerdos, iba rezando en silencio mientras conducía su auto, una cita más, otro martes de hospital y médicos. Ahora estaba cierta de que su padre no la acompañaba, se había quedado en la casa.

La misma rutina de cada semana, excepto por la espera y el corte del cabello, ahora no iría, sólo se sentaría a esperar. Otra enfermera le ofrece

café en un pequeño vaso blanco. Su madre no ha podido levantarse; pero ella ya no siente miedo.

En una bolsa transparente recibe la joyería que le entrega la recepcionista. “La memoria de su cuerpo ha desaparecido”, le explica suavemente la enfermera. Y M., piensa: “a la memoria le debemos tantas cosas”. Luego, con una fuerza sorprendente, sin esperar esta vez al médico, ¡qué le diría!, ya se lo había dicho lo más dulce posible la enfermera, cargó en sus brazos aquel cuerpo ausente de recuerdos y la subió al auto, de regreso a la casa, de regreso a la memoria que solo M tendrá presente... por el resto de sus días.

## II. La vida en rojo

Amor gitano.  
Plena de agua de noria  
es el alma gitana  
que con ahogado llanto  
va derramando gloria.

Por un chelín el amor,  
por dos el futuro lee.  
Adivina. ¡Adivinaré!  
¿Quién es tu dueño y amo?

El horizonte se oculta  
Atrás de la azul montaña.  
Línea que cruza oblicua  
la Sierra Madre Oriental.

Entre cerros y mares,  
infancia envuelta en tul.  
Un destino inefable  
cual filigrana en plata  
entreteje paisajes.

Me vi en tu mirada y rogué  
Cobíjame con tu esencia.

Sólo un juramento exigí:  
Deja crecer mi conciencia.  
Mas colmado de amor alado  
Tu ego desoyó el reclamo.

Y un lamento estrujante  
Mató certero la ilusión.

¡Libertaaaad!,  
grité en sordina mi voz.  
Lloró el pensamiento.  
Y se volvió gitano, el amor.

Por tus ojos.  
La vida misma daría gustoso.  
Si morir es dejar de amarte,  
Quiero vivir una eternidad

Si tus ojos se niegan a mirarme  
Yo te daré los míos...  
¡Sólo para contemplarte!

Los tesoros de Babilonia:  
¿Qué son?, invención.  
Ante la belleza del amor en agonía,  
vida y universo son ficción.

Por unos ojos que me vean  
como los tuyos saben mirar  
Gustoso daría el alma entera.

Por una entrega de clara mirada.  
Por esos luceros de la mañana,

doy a cambio mi pensamiento  
y la razón de vida que aliento.

Loco de amor han de volverme  
tus ojos tristes de mirar profundo.

Ojos en cuyas olas apacibles  
mi alma encontró el remanso  
a la batalla de mi vida en rojo.

Esmeraldas que alumbran mis  
mañanas,  
agua serena en medio de tormen-  
tas,  
si han de mirarme airadas  
pago el precio de vuestro enojo  
con el más dulce de mis ósculos.

Marea púrpura.  
El trueno por fin cayó.  
Temblaron los suelos y los mares  
Abrieron sus fauces las fieras  
Salieron de las cuevas los vam-  
piros.

...y corrieron junto a los ríos,  
los peces a esconderse de tu furia.

El horizonte perdió su curva.  
Los astros se aliaron en plegaria.  
Las nubes estallan en llanto,  
sus lágrimas arrasan con los cam-  
pos.

La tierra tembló, los suelos se  
abrieron  
devorando memorias y recuerdos.

La marea creció hasta el infinito  
se volvió gigante descomunal.

Los mares se salieron y se fueron  
a enterrar ciudades y muertos.

Sus olas fueron furia incontrolable.  
Inundaron todo, nada ni nadie  
quedó.

La vida en el lejano Oriente  
se tiñó de rojo púrpura.

El silencio tras la hecatombe  
paralizó los nobles corazones.

La víctima fue el hombre.  
Natura el victimario.  
El despojo del hombre por el hom-  
bre  
fue sobrevivencia sin rosario.

En medio de la agonía, un instante  
fue azote impasible de los dioses.  
Y la pasión de los amantes  
esculpó entre nubes sus adioses.

Modernidad sustentable.  
Guerras, odios, muerte y Osiris.  
Reinos de la tierra y los subsuelos  
tiñeron de rojo y de sangre  
las mejores ideas y voluntades.

Ahora, viento, sol y basura  
serán los nuevos reinos  
en las aldeas globales.

\*Adaptación del Cuento “Memoria” de  
Carlos A. Ponzio de León

Oscar G. Baqueiro

## Beatificación

Un documento de 350 alemanes, católicos, se dio a conocer poco antes del acto oficial en que se declarara a Karol Wojtila Beato por la Iglesia de Roma, en el cual .50 teólogos y otros 300 firmantes rechazan tal acto no por motivos doctrinales, sino por situaciones históricas e institucionales de esa misma denominación religiosa.

Por otro lado a no dudar que Juan Pablo II es todo un personaje no solo para sus correligionarios, sino para la humanidad toda, pero la forma en que se maneja todo este asunto deja un gran sabor de comercialización: número de peregrinos, cuánto es la

derrama en dinero,” recuerdos” de la ocasión, derechos de transmisión televisiva, etc. etc.

No se le hace justicia al homenajeado desaparecido hace 6 años, al proyectar una imagen de alto rating más que de el jefe de una iglesia por espacio de poco más que de un cuarto de siglo, por cierto altamente querido por muchos integrantes de su feligresía y estimado, también, en otros ámbitos no solo

religiosos sino humanos simplemente.

Se puede pensar, asimismo, que la propia iglesia que presidió el papa polaco cae en sobre administración cuando se otorga a sí misma poderes que exceden a lo temporal con proyecciones hacia lo intemporal, hacia la dimensión de eternidad.

Además, para los plazos acostumbrados en estos casos por la Iglesia romana, se sintió cierto apresuramiento en el caso Wojtila. Es posible que se conozcan a corto plazo los datos del contexto de este asunto tan comentado por los medios masivos de comunicación.